

JUAN MANUEL SERRANO ARCE

TIEMPO DE LOS VIEJOS RELOJES



CON EL TRASFONDO DEL ATENTADO DEL 11-M, MARTÍN Y ÁNGEL CRUZAN SUS VIDAS EN EL VAGÓN DE UN FERROCARRIL EN ESTE DEBUT NOVELÍSTICO DEL CINEASTA MANUEL GUTIÉRREZ ARAGÓN (EN LA IMAGEN)

LA VIDA ANTES DE MARZO
MANUEL GUTIÉRREZ ARAGÓN

PREMIO HERRALDE DE NOVELA 2009
 ANAGRAMA, BARCELONA, 2009
 288 PÁGINAS, 18 EUROS

JUAN ÁNGEL JURISTO

Confieso que estuve tentado de titular esta reseña como la novela de Patricia Highsmith llevada con tan buen puerto al cine, ya saben, *Extraños en un tren*. El título tenía la ventaja de que aludía a una doble condición, presente en esta primera novela de Manuel Gutiérrez Aragón: la de ser un director de cine de dilatada obra y, a la vez, incurrir ahora en la narrativa, algo muy normal en nuestra tradición, como puede verse, por ejemplo, en Edgar Neville, Fernando Fernán Gómez, Gonzalo Suárez, David Trueba, José Luis Borau... y cómo no, de paso, aludir a la materia misma de la novela, la del tren de dos mil vagones que lleva a Martín y Ángel de Lisboa

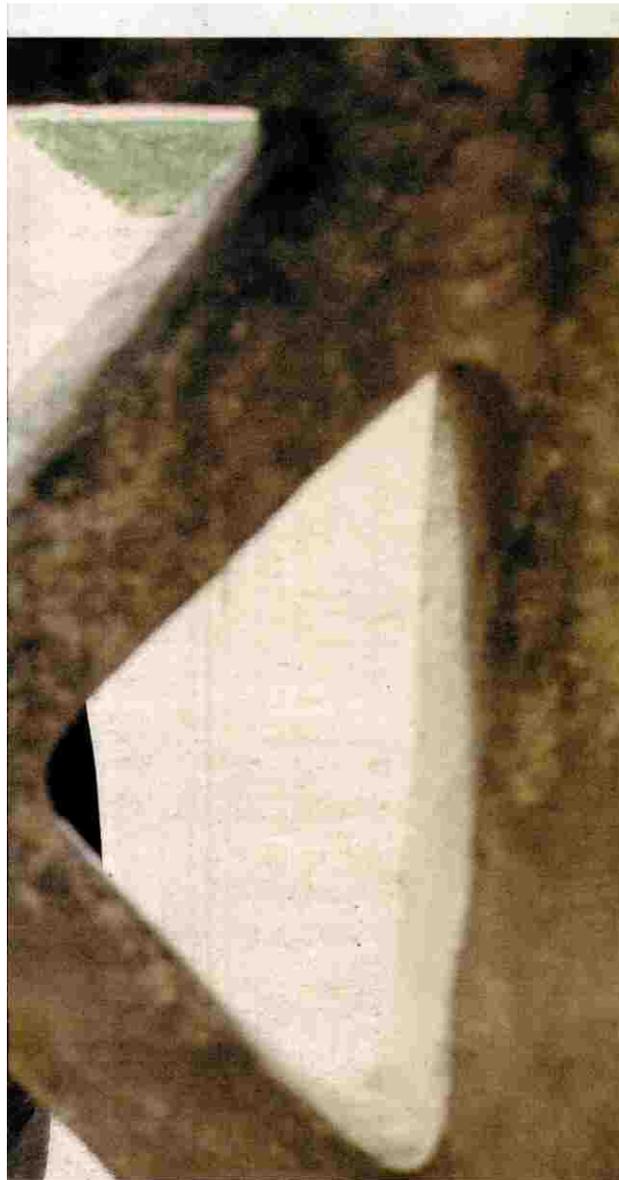
a Bagdad, espacio narrativo donde se desarrollan las conversaciones que desvelan todo el entramado, infinito en el fondo, como infinitas podrían ser las historias que, en definitiva, pueblan este libro.

JUEGO SIMBÓLICO. Sin embargo, se me ocurrió no realizar el consabido guiño al tópico y afirmar la categoría esencial de esta obra, que es la de la meditación sobre el tiempo. Manuel Gutiérrez Aragón es un cineasta proclive a dejar constancia de alusiones simbólicas en sus pe-

AQUÍ EL QUE NARRA ES UNA SUERTE DE VIAJERO VETERANO, SE SUPONE QUE DEL TREN DE LA VIDA, QUE ABARCA EN SU NARRACIÓN MÚLTIPLES Y DISTINTAS HISTORIAS

lículas, sobre todo en las primeras. Parece un vicio y, desde luego, en esta primera novela, no iba a dejar de hacerlo. El título remite con claridad al 11-M y lo de los dos mil vagones del tren, supongo, que al cómputo de nuestros siglos, vale decir, nuestra civilización. Tal cúmulo de alusiones requiere un tiempo futuro, casi lo exige, y así, el año 2024 precisa una distancia con lo que se narra, conveniente para que el lector valore en su justo término la anécdota principal del libro, la de la coincidencia de los dos personajes, Martín y Ángel, en los preparativos de los atentados del 11-M en Madrid.

Aquí el autor ha sabido soslayar con inteligencia cierto débito a la inverosimilitud, pues habría que mostrar a los lectores, olvidadizos de por sí, que, en fecha tan lejana, como la del 2024, el atentado tuviera la importancia que aquí se le supone. Es probable que en mundo tan cambiante como el nuestro la cosa no sea de esta manera pero sí,



desde luego, para los personajes de la narración, pues esa experiencia ha determinado en cierta medida sus vidas y, al fin y al cabo, lo inverosímil surge siempre cuando una obra es fallida, cosa que no es el caso de ésta. Pero a pesar de que ese juego simbólico entretiene al crítico, algo que no le sucede al lector, que no suele contentarse con tan poco, me atrevería a afirmar que todo esto es lo de menos en el libro o, por lo menos, no hace su excelencia.

Lo que interesa en esta novela es el modo en que está narrada, de qué manera el estilo conversacional, no el diálogo, adquiere categoría literaria. No hay que olvidar que el desarrollo de la narración se mantiene en la conversación entre Martín y Ángel, ¿conversación?, aunque quizá fuera más adecuado que nos refiriéramos a monólogos escuchados, e inferir de ello otra muestra del buen hacer literario del autor, pero la cosa es sin duda más compleja.

METÁFORA DE LA EXISTENCIA. Ni diálogo ni monólogo. Aquí el que narra es una suerte de viajero veterano, se supone que del tren de la vida, que abarca en su narración las dos

historias, la de Martín y la de Ángel, pero también la de muchos que pueblan el fantasmagórico convoy que nunca se detiene y que trasvasa viajeros gracias a un tren paralelo, que viaja al costado, al modo de una metáfora de la existencia colectiva misma. Sí, otra vez lo simbólico.

INTENSA CARNALIDAD. Pues bien, el tono del narrador es parte principal de la fascinación que nos producen estas historias contadas, y no hay que olvidar el papel que juega la mirada en este buen decir de la narración, algo, por otra parte, que podríamos haber esperado de un cineasta: «En este bosque helado, tan propicio a la música y el crimen, ni siquiera un viajero veterano como el que se asoma a estas páginas es capaz de decir dónde estamos...».

El estilo es siempre sugerente, de esta guisa, pero capaz también de carnalidades muy intensas, como cuando se describen recuerdos de infancia -la matanza del cerdo, sin ir más lejos-, que es lo que confiere a esta novela su especial calidad, vale decir, el tono irreal de la atmósfera en contraste con la concreción casi física de aquello que se narra. ■